FEDERICA DE PAOLIS

Las imperfectas

Planeta

FEDERICA DE PAOLIS

LAS IMPERFECTAS

Premio DeA Planeta Italia 2020

Traducción de Maribel Campmany

Planeta

Título original: *Le imperfette*

© 2020 DeA Planeta Libri S.r.L., www.deaplanetalibri.it
© por la traducción, Maribel Campmany, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021
ISBN: 978-84-08-24217-8
Depósito legal: B. 5.200-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La tarde en la que se celebraba el ascenso de Guido en la clínica Sant'Orsola fue el mismo día en el que cargó con «la culpa». Anna no lograba recordar muchos detalles de aquella fiesta, y no porque se tratara de un acontecimiento lejano, hacía apenas dos meses, sino porque esa mañana había hecho el amor con Xavier. Deprisa, con la respiración entrecortada, como dos ladrones. Su mente seguía rebobinando la cinta, volvía a los gestos, revisaba cada movimiento. Tenía la sensación de que el engaño podía leerse en su rostro. Había sido la primera vez. Por eso permaneció en silencio durante casi todo el evento. El único que notó algo fue su padre, Attilio. «¿Va todo bien, Anna?», le preguntó tendiéndole una copa de champán, con la mirada indulgente enmarcada por las enormes cejas blancas y agrestes.

Un olor dulzón inundaba el aire, la fiesta se celebraba en el jardín de la parte trasera. La clínica era una casita de campo de los años cuarenta, decadente pero encantadora, plantada en la gravilla y rodeada de palmeras y adelfas. Para caldear el ambiente habían colocado unas estufas tipo hongo que hacían levitar los aromas de los dulces; también había mesitas redondas con orquídeas, velitas y vino blan-

co. Los presentes eran médicos, enfermeras, el personal de administración, pacientes. Y, naturalmente, el nuevo jefe de servicio: Guido, su marido. Llevaba un traje azul de raya diplomática con una corbata de nudo grueso de color púrpura, y se movía entre las mesas como si fuera el día de su boda, haciendo los honores: con su mandíbula cuadrada y la nariz de emperador romano, los ojos grandes y vigilantes, su porte elegante. Anna lo observaba sin reparar ya en su buen ver.

A la pareja se le había oxidado la atracción, había masticado la curiosidad; ahora era solo su marido. Y, sin embargo, hubo un tiempo en que Guido la tenía hechizada, sobre todo cuando lo veía moverse en ese ambiente; le gustaba saber que estaba casada con una persona importante, un cirujano excelente, un profesional impecable, igual que su padre, venerado por un nutrido número de mujeres. No era tanto por el prestigio como por la sensación de haber «reencontrado» a Attilio en un hombre joven; porque el sentimiento edípico de Anna era sólido, un músculo involuntario que había orientado su vida.

Vio que Guido le lanzaba una mirada de complicidad mientras le tendía una copa a una morena provocativa, un gesto que no tenía nada que ver con la espontaneidad, más bien con una forma de tranquilizarla que Anna buscaba continuamente en esas circunstancias. Ella le devolvió una sonrisa, pero sin aquella acostumbrada gratitud que tiempo atrás habría sentido. No. En ese momento el gesto de su marido hacía que todavía estuviera más incómoda, y es que, para Anna, lo que había ocurrido por la mañana era como un apocalipsis. Le pareció percibir los latidos del corazón de Guido entre la gente, como un metrónomo acom-

pasado, un sonido perfecto. Vislumbró su sonrisa poco auténtica, forzada, eficiente. Reconoció la ceja derecha levantada, su expresión más seductora. Sintió una extraña ternura, una emoción anómala. Como si fuera un guardián. ¿Cuándo había dejado de quererlo? ¿Y por qué? El deseo había sido sustituido por la costumbre, la escucha por lo ya dicho, la curiosidad por la indiferencia. Hay amores que mueren un poco cada día. Sin escapatoria. Anna no lo sabía; ni siquiera sabía por qué había acabado en la cama con otro.

Fue a sentarse, para apartar los ojos de su marido, al lado de Gigliola Capotondi, una mujer de unos ochenta años que trabajaba en la administración desde hacía más de treinta. Attilio la había operado varias veces, liposucción y *minilifting*. La consideraban una amiga de la familia.

—¿Qué tal están los niños? —le preguntó la mujer, envuelta en una chaqueta de zorro color miel.

—Bien, gracias —farfulló Anna. Y una cuchilla se le clavó en el estómago.

Pensar en sus hijos era lo que más le dolía de todo. Esa tarde, cuando había vuelto a casa para cambiarse de ropa, se metió enseguida debajo de la ducha. Era la primera vez que no corría hacia ellos; la primera vez que al llegar a casa se escabullía a su habitación. Pensaba que la ducha lavaría el pecado, borraría los olores a bosque mojado (olores obscenos), hasta hacerla resucitar en la realidad. Pero, en lugar de eso, se puso a pensar. No podía quitarse de la cabeza ciertos detalles. Su tobillo pronunciado, las axilas como flores carnosas, el abdomen tirante. Se miró desnuda en el espejo del baño, evaluando su cuerpo como si fuera Xavier quien la mirase. Metió barriga: tenía que adelgazar, y ade-

más deprisa; los dos embarazos habían dejado huella. Aun así, Xavier había hundido la cara en su vientre, metido la lengua en su ombligo, ceñido sus caderas blandas.

Mientras se vestía fue creciendo en ella una excitación palpable, ese coito apresurado empezaba a asumir proporciones formidables al recordarlo, como si los gestos se ralentizaran y se amplificaran. Se comprimió el sexo con la mano, como para aprisionar el deseo. Para retenerlo. Después entró en el cuarto de sus hijos. Natalia estaba sentada en la cuna parque; Gabriele construía una torre de cubos de madera; Cora, la asistenta filipina, quitaba el polvo de un estante. Les dijo: «Hola». Solo un gesto, sin acercarse. Desde que los niños nacieron, Anna siempre se sentía inadecuada, siempre llegando tarde, siempre en otra parte. No tenía claro de dónde surgía esa sensación. Ella había sido hija única y esposa joven. Se había pasado la vida dedicándose exclusivamente a sí misma. Ni siquiera Guido, antes de que llegasen los niños, requería ningún esfuerzo, ni práctico ni emocional. Aquella había sido una época feliz: Anna sentía que en todo momento estaba donde quería estar, nunca en otra parte. Su presente había coincidido con sus deseos, sus escasas ambiciones, tangibles y sencillas. Fue la llegada de los hijos lo que había hecho que de repente se sintiera falible. Como si la responsabilidad de esas dos criaturas fuese demasiado. Cada instante que Anna se dedicaba a sí misma parecía que se lo arrancara a Natalia y Gabriele: sabía a equivocación o, peor aún, a condena. El desayuno, la ducha, una llamada telefónica con una amiga, todo lo hacía a la velocidad de la luz. Cuando llegaba a casa corría a abrazarlos con el abrigo puesto y el bolso colgando; aupaba a Natalia y hundía

la cara en la pelusa fina y suave de su cabeza, que olía a caramelo, mientras que con Gabriele hacía el saludo esquimal, frotando nariz con nariz por lo menos cinco veces. La presencia de sus hijos apaciguaba la misma ansiedad que ellos mismos le generaban. Una paradoja que, sin embargo, la confinaba a una prisión.

Ese día, en cambio, no toleró la idea del contacto: le pareció que una línea imaginaria le impedía entrar en la habitación. Una habitación blanca, incontaminada. De repente le dieron ganas de echarse a llorar. Un nudo en la garganta le cortó la respiración. Más que nada, sentía que los había engañado a ellos, a los niños. No protestaron y ella salió, guardándose de nuevo el dolor en el bolsillo.

La pregunta de Gigliola había hecho que se le fuera la cabeza, de tal modo que, cuando creyó emerger de sus pensamientos, la oyó decir:

—Yo sugerí un chardonnay, pero tu padre siempre quiere hacer las cosas a lo grande...

—¡Anna, ya has llegado! —le dijo Guido, acercándose—. ¿Te gusta cómo ha quedado? —A su lado, aunque un paso detrás de él, había una chica rubia, esbelta, elegante, con el cabello rizado y unos zapatos de tacón de aguja.

—Adorable —comentó Gigliola—. Parece mayo.

—Pensé que sería mejor hacerlo en el jardín. Papá estuvo de acuerdo.

—Es fantástico —manifestó Anna.

La mujer de detrás de Guido dio un paso adelante, y él dijo:

—Anna, te presento a Maria Sole Meli, nuestra nueva ayudante.

—Buenas tardes, señora...

—Encantada. —Anna le tendió la mano y la chica se la estrechó decidida, bajando los ojos; a continuación se escurrió de nuevo detrás de Guido que, mientras tanto, se había vuelto para saludar a Casati, el arquitecto con el que soñaba hacer resucitar Villa Sant'Orsola.

Desde que Attilio había dejado de operar, Guido siempre estaba ausente, y no solo físicamente. Regresaba a casa extenuado y se derrumbaba en el sofá, en el sillón o en la cama. Los fines de semana se los pasaba delante del móvil, los mensajes llegaban a raudales. Había adelgazado, se le veía más exuberante, infinitamente más seguro de sí mismo. Autoritario.

Un detalle de la mañana surgió, de forma involuntaria, como un retortijón: Xavier agarrándola por las nalgas con sus dedos fuertes, huesudos. «Bésame *ici*.» Anna se levantó de golpe, sin poder contener su turbación. Tenía miedo de que la ola de sensaciones subiera a la superficie, traicionara la epidermis y se transformara en una emoción visible. Nunca nadie le había dicho cosas como esas. El sexo con Guido era una silenciosa duna en el desierto.

—Disculpad, voy un momento al baño —se justificó.

Se encerró en el lavabo y se desabrochó algunos botones de la camisa, inspirando con fuerza. La exaltación pendía de un hilo, estaba a punto de convertirse en un sentimiento oscuro, y los latidos de su corazón no le daban tregua.

La luz automática del baño se apagó. Debía levantarse para activar de nuevo el sensor, pero permaneció sentada en la oscuridad, intentando recuperar la calma haciendo respiraciones profundas.

Poco después, al salir, se encontró delante a Maria Sole.

—¡Joder!

—Disculpe, ¿la he asustado?

—No, es que no la había oído... —Le dio miedo parecer turbada.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

Anna asintió.

Maria Sole llevaba un traje chaqueta gris perla que parecía salido de los años ochenta. Estaba increíblemente delgada. Sus muñecas eran tan finas que las pulseras de oro le caían sobre las manos. Antes le había parecido más atractiva, con un tipo bonito y una cabellera de rizos salvajes, de un rubio cálido y suave. Aunque entonces Anna advirtió algo extraño en ella. Esa delgadez, los ojos afligidos. En su rostro había algo que le era familiar. ¿Se habían visto antes?

—¿Hace mucho que trabaja aquí? —le preguntó, mojándose la frente con agua fresca.

—Sí, bastante...

—¿Y se siente a gusto?

—Sí, muy a gusto, gracias.

Maria Sole abrió el bolso y sacó un brillo de labios. Había un toque eficiente y afectado en sus gestos. Se recogió el cabello en la nuca y lo sujetó con una horquilla con una perla rodeada de brillantes que desapareció en la abundante cabellera. Tenía una fina cicatriz en la tiroides.

Anna intentó recordar dónde podían haberse conocido. No ponía un pie en la clínica desde el verano pasado, y Maria Sole no formaba parte de su círculo de amistades, debía de ser al menos diez años más joven.

—Perdone, pero ¿no nos hemos visto antes?

—No, en absoluto. Quiero decir, me acordaría de us-

ted... —Echó la cabeza hacia atrás y los rizos se recolocaron sobre su espalda. La mirada ya no era triste, parecía más bien asustada.

Anna se arregló el flequillo ante el espejo, le pareció que esa tarde sus ojos de color avellana eran más luminosos: ella ya sabía por qué. El sexo, ese sexo, era como una esfera estroboscópica escondida en su caja torácica que lo irradiaba todo. Se pasó los dedos por los labios y se cerró un pendiente de oro que se le había abierto. Cuando abrió la puerta, Maria Sole la precedió con una sonrisa: estaba demasiado delgada, sí, pero Anna habría pagado por estar como ella. Desde que los niños nacieron siempre tenía hambre, un hambre nerviosa hecha de aburrimiento y de días iguales por aguantar la lata de los hijos. También era culpa de sus comidas: cuando ellos merendaban, se acababa sus manzanas, mordisqueaba los huesos, devoraba parte de sus galletas; al principio, incluso se comía sus potitos.

De regreso en el jardín vio a Guido enfrascado en hacer los honores a un grupo de mujeres: acaudaladas, mayores y también jóvenes, alborotaban mucho, reían y brindaban sin parar, achispadas como estaban. Anna detestaba a las clientas de la clínica Sant'Orsola. «Las imperfectas», las llamaba su marido. Había algo malévolo en ese apelativo. Guido, a pesar de que le encantaba su trabajo, en el fondo reprobaba a quienes recurrían a la cirugía. Attilio era del sentimiento contrario: para él todas las mujeres eran imperfectas, todas buscaban algo que las completara. Y para el padre de Anna el tema no se limitaba a la belleza: era una inquietud del alma lo que llevaba a las mujeres a intentar mejorarse, como si la condición femenina estuviera destinada a una búsqueda perpetua, a un

estímulo constante. Lo vio acercarse con cautela hacia su mesa y Anna se bebió otra copa de vino, esta vez tinto. La ingirió rápidamente y una ligera embriaguez lo arrinconó todo. Gigliola todavía estaba a su lado. La anciana permanecía en silencio mientras se tomaba un whisky y observaba. Attilio se sentó con ellas.

—Gigliola, querida, ¿va todo bien? —susurró, rozándole los dedos con los labios.

—Me aburro como una ostra...

—Y tú, tesoro... ¿Tú también te aburres? —preguntó, dirigiéndose a Anna con una ternura infinita.

Sus ojos buenos le recordaron a los de Natalia, la misma mirada que por la tarde la seguía cuando se marchaba. Había engañado a sus hijos y a su padre. Aún más que a Guido. Attilio había puesto todas sus esperanzas en ese matrimonio, había hecho todo lo posible para que fuera feliz. Era su hija, y había ciertas cosas que una hija «ejemplar» no debería hacer. Y para Anna eso era ley. Nunca había engañado a ningún hombre, menos aún a su marido, y encima... con un desconocido.

—No, papá, al contrario... Este vino es estupendo.

—Pues yo estoy cansadísimo —dijo él, sentándose entre las dos mujeres y estirando las piernas por debajo de la mesa. Llevaba una chaqueta azul marino con botones dorados, parecía un almirante más que un cirujano; aunque tal vez también fuera a causa de su cabello blanco como la nieve.

—La rubita se espabila bastante. Esta tarde va a por todas... Y mira cómo parlotea... —Gigliola señalaba a Maria Sole. Llevaba un llamativo anillo de coral brillante con forma de cangrejo en el dedo anular.

—Sí, esta tarde está espléndida —contestó Attilio.

—Esta tarde está espléndida... —Gigliola repitió sus palabras, en voz baja.

—Qué petulante eres... Celosa y petulante.

Anna observó cómo se picaban, hablaban mientras la rubita se apoyaba en el respaldo de una silla. La vertiginosa altura de sus tacones debía de resultarle incómoda.

—¿Qué hace exactamente? —preguntó Anna con un hilo de voz; las imágenes de Xavier volvían a visitarla.

—Dar coba a los clientes. —La señora Capotondi bebió de nuevo de su Jack Daniel's.

—Recibe a los pacientes, presenta los programas, explica el postoperatorio, controla la hospitalización... Hizo un curso de formación especializado sobre nuevos programas de medicina estética, en Londres. Guido quiere abrir una unidad estética nueva. Y tiene razón, ahora el negocio está ahí: ácido hialurónico, criolipólisis, toxina botulínica, *minilifting* —explicó Attilio.

—En mi opinión, no deberíamos abrir una unidad de ese tipo. Corremos el riesgo de confundir a los pacientes: aquí hacemos cirugía, no depilación con cera.

—No tienes ni idea del dinero que se gana haciendo la cera, querida Gigliola.

—¿Acaso antes trabajaba en un centro de estética? —preguntó Anna. Estaba segura de que la había visto antes.

—¡Qué va, tesoro! Es una profesional con altas capacidades: es cautivadora, afable y muy persuasiva.

—Una lameculos discreta —concluyó Gigliola.

Anna sonrió. Gigliola y su padre mantenían un eterno conflicto, como un viejo dueto que siempre toca la misma canción.

Maria Sole en ese momento estaba hablando con una mujer morena que se señalaba la nariz: había cogido una gabardina de color arena y se la había puesto sobre los hombros. Anna cada vez estaba más convencida de haberla visto antes. Intentó situarla en diferentes escenarios como si fuera una pieza móvil. En el supermercado. En el salón de su amiga Alex. En pilates. En la farmacia. En el parque. Ah, claro, en el parque. Puede que la viera en el parque, con esa misma gabardina de color arena puesta.

Era un parque que estaba lejos de casa, al que había estado yendo con los niños el verano anterior, el tiempo que Cora había pasado en Filipinas durante su mes de vacaciones. El calor se había presentado de repente y ellos iban caminando hasta allí bordeando el lago. Anna llevaba trocitos de pan y los niños los lanzaban desde detrás de la empalizada; los gansos se enzarzaban por cualquier migaja. A Gabriele le encantaba mirarlos, los observaba hipnotizado; Natalia apenas se mantenía en pie, así que Anna la cogía por los bracitos y daban diez, veinte, treinta pasos. Un día la pequeña había salido disparada detrás de una paloma, decidida. Tenía un carácter fuerte y obstinado, se caía y volvía a levantarse como si nada; una niña de armas tomar. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos minutos? Tres como mucho. Al final consiguió llevarla de regreso al lago, pero Gabriele ya no estaba. Recordaba a la perfección la sensación de aturdimiento, la mirada moviéndose mientras escrutaba a todos los paseantes del parque. Todos tenían la misma cara, los mismos rasgos faciales. Durante un instante cayó en un abismo. Tal vez fuese el cúmulo de miedo lo que le distorsionaba la realidad, porque Gabriele no se había alejado demasiado: se encontraba junto a un

árbol secular, de rodillas, mirando al suelo. A su lado había una mujer, se había puesto en cuclillas para estar a su altura. Anna cogió a Natalia en brazos y corrió hacia ellos. Le dio las gracias a la chica casi sin aliento. Esta esbozó una sonrisa mientras se ponía de pie, a continuación, se volvió y se marchó. Y Anna abrazó a su hijo con un sentimiento de profundo desaliento, como si hubiera tardado días en encontrarlo.

¿Podía ser Maria Sole la mujer del parque? Se miraron a los ojos durante solo unos instantes. De hecho, no habían sido sus ojos los que le habían despertado el recuerdo, sino su figura: aquel día había contemplado a la mujer mientras se alejaba, preguntándose por qué no le había dirigido ni una sola palabra. Y es que mujeres así, rubias, con el pelo rizado, delgadas, no hay muchas, pero todas las que hay se parecen.

—¿Nos vamos? —preguntó Attilio, levantándose con esfuerzo de la silla.

—¿Quieres que te lleve, papá?

Se acercaron a Guido, que estaba hablando con el responsable del catering.

—Estoy molido —le susurró, con la boca medio cerrada—. No sabes las ganas que tengo de que termine.

Attilio levantó el brazo para saludar a Maria Sole, y la chica pareció que se ponía firme y los alcanzó hundiendo los tacones en la gravilla.

—Buenas noches, doctor. —Inmediatamente después le tendió la mano a Anna—: Buenas noches, señora.

—Creo que he recordado dónde nos hemos visto... —Anna la miró abriendo los ojos—. En julio, en el parque que está junto al zoo: yo había... —No quería admitir de-

lante de su padre y su marido, ni aunque hubiera sido por un instante, que había perdido a su hijo.

—No puede ser, señora. Yo no estaba en la ciudad en julio.

No había ni una pizca de titubeo en su voz, así que Anna pensó que se había equivocado. Y, sin embargo, algo en su tono no le gustó. O tal vez fuera solo esa palabra, *señora*, que aquella noche, referida a ella, le producía escalofríos.